



(Torre de Dunquerque.)

LA TORRE DE DUNQUERQUE Y LA TORRE INCLINADA DE ZARAGOZA.

No tienen ambas por cierto el mismo origen, pues su fundación data de épocas diferentes y su arquitectura es también distinta. Las reunimos aquí porque las dos han presenciado una misma ceremonia, una misma diversión popular en tiempos ya remotos. La fiesta esencialmente flamenca de los gigantes se celebraba también en Zaragoza y en todo Aragón, aunque los trajes de los héroes españoles de la función no eran iguales á los de las provincias septentrionales francesas. En Dunquerque y en Duai eran tres los gigantes, el padre y sus dos hijos, y vestían cota de mallas y casco con penacho: en Zaragoza eran también tres, pero llevaban trajes y turbantes musulmanes. En España lo mismo que en Flandes salían en procesión el día del Corpus, y pasaban en Dunquerque y en Zaragoza por el frente de la gran torre del Reloj.

Dunquerque, así como toda la parte flamenca de Francia, perteneció durante largo período á España: así pues, por mas esfuerzos que se hagan para dar á la procesión de los gigantes un origen francés, será imposible conseguirlo. Zaragoza instituyó esta fiesta después de la espulsion de los moriscos. Algunos historiadores pretenden que su

institucion en Flandes se debe á Carlos V, quien de este modo halló medio de neutralizar el carácter inquieto de aquellos naturales con diversiones populares.

La torre del Reloj de Dunquerque existia ya en 1440: entonces servia de fanal. En el mismo año los habitantes, que solo poseían una iglesia, muy incómoda por hallarse distante de la ciudad, determinaron construir otra en un recinto mas á propósito, y le dieron la torre del Reloj por campanario. Este templo se quemó en 1558, pero se salvó la torre: entonces se edificó otra sobre las ruinas de la anterior, aunque separándola un poco de la torre. Esta es la que hoy existe con la advocacion de San Eloy.

Cuando Luis XIV tomó á Dunquerque, se estipuló que todas las torres quedasen al nivel de los tejados de las casas, y así se hizo con la del Faro en el puerto; pero privados los marinos de sus señales, corrian grandes peligros al acercarse á la costa, y por lo tanto se eludió el tratado, levantando una casilla sobre la torre del Reloj. En ella habitaba un práctico, y hoy un vigilante que señala los incendios que ocurren en la ciudad, por medio de campanadas.

Dicha torre es cuadrada y tiene ocho metros de latitud en cada lado, sin contar los contrafuertes de los ángulos. Se asegura que en días muy claros se divisa desde su plataforma la torre de Douvres en Inglaterra.

5 DE DICIEMBRE DE 1832.

En cuanto á la torre de Zaragoza, llamada *Torre Nueva*, se fundó en 1304 y quedó terminada en 1313. Inclinada de una manera sorprendente, recuerda las torres de Pisa y de Bolonia. También se establecieron en ella vigilantes, cuyo servicio cesó cuando se notó su inclinación. La planta baja, que es de piedra sillería, permanece perfectamente á plomo: el resto de la construcción, hecha de ladrillos en toda su altura, es la que sufrió el desnivel. Este es muy visible, pues los ladrillos han perdido la mitad del espesor. Por lo demás, nada hace temer que la torre amenace ruina, pues permanece así desde poco después de concluida, y el daño no se ha aumentado: se notó además en el sitio de 1809, que habiendo estallado una bomba sobre ella, no comprometió sin embargo su solidez. La calidad del ladrillo fué sin duda la causa de la inclinación.

La *Torre Nueva* de Zaragoza es algo mas angosta que la de Dunquerque, pero mas alta.

DOÑA MENCIA DE ZUÑIGA.

Fué hija de Diego Lopez de Zuñiga ó Astúñiga, justicia mayor de Castilla, y de Doña Juana García de Leyva, su muger.

Casó con Diego Perez Sarmiento, repostero mayor del rey.

Las muchas y relevantes prendas de que se hallaba adornada esta señora, la merecieron que el rey D. Enrique III fuese á su cuidado la crianza de su hija Doña Maria.

No se engañó el rey en el gran concepto que habia formado de aquella, pues desempeñó tan á su satisfacción el encargo, que se le volvió á hacer en el testamento que otorgó en 24 de diciembre de 1406.

Deseando Doña Mencía cumplir con la comision importante que la habia confiado su rey, y en vista de la oposicion de la reina á que la llevase á efecto, hizo á esta un requerimiento ante las puertas del alcázar de Segovia para que la permitiese entrar en él á cuidar de la infanta, cuyo requerimiento y respuesta que dió aquella, poquísimo conocidos, y de los cuales no se ocupan nuestros historiadores, estampamos á continuación, por parecernos en extremo curiosos, y por la clara idea que suministran de aquellos tiempos remotos.

«En la cibdad de Segobia, miercoles dose dias del mes de enero, año del nascimiento de nuestro Señor Jhesucristo de mil é quatrocientos é ssiete años, ante las puertas del alcázar de la dicha cibdad en presencia de mi Martín Peres, notario público en la iglesia catedral de la dicha cibdad, por autoridad de mi señor el obispo, é del dean é cabildo de la dicha iglesia, é de los testigos yuso escriptos, paresció ay Dona Mencía, muger de Diego Peres Sarmiento, é hija de Diego Lopez de Astúñiga, la dicha Dona Mencía preguntó á Gutierre García, portero del dicho alcázar, que ssi la abria la puerta del dicho alcázar que queria entrar: el dicho Gutierre García dixo que non lo mandaba nuestra señora la reina: luego la dicha presentó é leyó un escripto en paper, el tenor del qual es este que sigue: Escribano, datme por testimonio, é ruego á vosotros amigos que me seades testigos en como por quanto el rey Don Enrique mi señor, que Dios perdone, me dió carga de la crianza é aministracion de mi señora la infanta Doña Maria su hija en ssu vida, é despues en su testamento mandó é ordenó que todavia toviessse á la dicha señora infante, é como ssu aya estudiessse con ella, que por ende, é por faser é cumplir lo que el dicho señor rey me mandó en ssu vida, é me dejó mandado en ssu testamento que sso venida á esta puerta de este alcázar para entrar en el, é estar con la dicha señora infante para la servir, é faser las otras cosas que me pertenescen é debo; é agora paresce que la reina manda que me non acosgan en el dicho alcázar, de lo ququal me pesa como quier que non es á mi culpa; é desto que ante vos denuncié é digo, pido á vos el dicho escribano que me dedes testimonio, é á vos omes bonos presentes que me seades dello testigos, el ququal leido, por la dicha Dona Mencía pidió á mi el dicho notario que lo tornase en publica forma é gelodiesse assignado por testimonio: testigos que fueron pressentes á esto Ruy Vasques, hermano del dicho señor obispo, é Valseo Vela, fi de Diego Nuñez de Cuellar, é Gomez Xuares de Cordoba, é Diego Sanchez. E despues desto, miercoles dies é nueve del dicho mes en presencia de mi el dicho notario é testigos yuso escriptos: la dicha señora reina, dió esta respuesta que sse ssigue: dijo que en rrespondiendo al escripto presentado por la dicha Dona Mencía que ella que non le habia fecho agravio alguno como la dicha Doña Mencía desia; é que fablaba lo que por bien tenia, é que si entendia que le habia fecho sin razon que ella estaba presta para le faser derecho, é que esto daba por rrespuesta: testigos que fueron presentes, Alfonso García de Cuellar, contador é Johan Gonzalez mayordomo, é Johan de Paradinas, portero de la dicha señora reina, é otros. E yo

Martin Peres, notario publico ssobre dicho, fue presente á esto que dicho es con los dichos testigos, é á pedimento de la dicha Dona Mencía escribí esto, é fis aquí mio signo.»

REMIGIO SALOMÓN.

LOS TREINTA AÑOS.

[Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!
ESPRONCEDA.

Debe de criar retamas solamente el monte Parnaso, segun es de amarga la existencia de los que dicen si subieron si no subieron á su cumbre. ¡Y por Dios que si son retamas con efecto, ni verdes deben de ser por no semejarse á la esperanza! ¡Ay monte Parnaso! ¡monte Parnaso! Bien se conoce que en ti dominan mugeres, y como déspotas, ¡y nueve!!! Así anda ello.

Mucho se ha gritado de acá, de acullá, que no hay tan triste vida como la de los poetas, si vida puede llamarse. La mano del Señor se vuelve del revés para lanzarlos al mundo, de lo que resulta que como el mundo anda al derecho, hacen ellos tristísimo papel andando de cabeza. ¡Qué fenómeno moral tan extraño! Esquisita, perfecta de todo en todo, y nada existe tan contrario á la felicidad; tan opuesto á los elementos de que dispone la criatura, como la organizacion del poeta. Una de dos: ó los poetas están destinados desde el nacer á ese cielo de que nos hablan los libros cristianos, y representan á la verdadera criatura del Señor, amaestrándose y purificándose en el mundo para mas altos empleos, ó el resto de los mortales son unos desdichados que gozan aqui de todas las bienaventuranzas posibles é imposibles, para ir á soplar de patitas en el infierno, apenas cierran el ojo.

Ello es que entre unos y otros, así en lo moral como en lo físico, hay la misma homogeneidad, la misma semejanza de organizacion que entre la paloma y el milano.

Sentimiento es una palabra borrada del diccionario del mundo; sentimiento es la única, la esclusiva, la omnipotente facultad del poeta. ¿Qué Deyanira les ha legado su túnica? ¿qué doctor Sangredo les recetó el agua de la consabida fuente?

Tenemos acá para inter nos un antojito peregrino.

Figúrasenos que el diablo, descontentadizo como es y ambicioso, se creeria desairado en el mundo con tener solamente por esclavos y representantes un noventa y nueve por ciento cuando menos de sus moradores, y en un arranque de expansion del Padre Eterno, le alcanzaria una orden verbal para que naciese poeta ese uno miserable, que hace frente y lleva las cargas á los novecientos noventa y nueve. Bajo de tan diabólicos auspicios, aunque emanado de Dios, el poeta, como Anteo, viene al mundo á echar los bofes y á morir de estrípon en brazos de su Hércules.

Pero ¡qué mal hacemos con andarnos en comparaciones mitológicas! No hay en lo conocido parábola que aplicar á la vida de los poetas. Haila solamente en lo desconocido, en lo que nadie lee, en la Biblia, y eso porque está escrita con lágrimas y con la sangre de millones de generaciones.—Poetas, ¿quereis saber lo que os espera, sin tomaros el trabajo de preguntárselo á nadie, ni aun á vuestro propio corazón? ¿quereis saber lo que habeis sido, lo que sois, lo que sereis? ¿quereis conocerlos sin estudiarlos? Abrid el libro de Job: abrid el martirologio.

¡Un muladar, la muger amada que os insulta, vuestros amigos que discuten tranquilamente si estais locos, si no estais locos, y en particular vuestras llagas, vuestras mismas llagas, que no teneis uñas para desgarraros!

Y cómo os engaña el mundo con la magnífica frase:—del Capitolio á la roca Tarpeya!—No se da á los niños esperanza mas ilusoria ni juguete mas liviano. Burlaos de los Mirabeaus españoles. ¡Mentira! en España el Capitolio es como aquello de que decia Quevedo:

Y ni los diablos ni los v... veo:

en cambio para romperse el alma en la roca Tarpeya, no hay sino dar un salto á Toledo... Hasta ferro-carril teneis ya.

Cuentan con mucha formalidad filósofos que deben de saberlo, que Dios ha puesto al confin de cada calle de la Amargura del mundo, una fuente de consuelo, y no como las fuentes de Madrid, que al primer gorrion que bebe en ellas se quedan á tí suspiramos, sino una verdadera fuente con agua. Es tanta nuestra sed, que siempre llevamos en el bolsillo un telescopio de los que mas alargan la vista, pues todavia ni por chiripa hemos conseguido vislumbrar una sola de esas fuentes para darnos un buen hartazgo. Bien que esto consistirá en que nosotros, segun se nos alcanza, ni hemos nacido poetas, ni entre esas benditas gentes que tienen la fortuna de no conocer de los libros ni aun

el forro. Así nos quedamos en ayunas como intrusos ó mirones en el reparto universal de consuelos; pues por ser en todo verídicos, hemos de decir que entre las raíces de una retama del Parnaso chorrean dos gotitas tanañas como el corazón de una muger, que serán sin duda la fuente de consuelo destinada á los hijos de Apolo.

Si á par se repara en que de aquellas dos gotas se surte para el consumo diario el infeliz uno por ciento de todo el mundo, tendrase idea de los apretones y de las congojas que cuesta el refrescar los labios con las tales gotas.

En cambio ¡son tan dulces ambas! D. Pedro Calderon, que sin duda hizo á catarlas un viaje, pinta una de ellas divinamente.

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que solo se alimentaba
de unas yerbas que cogía.
—«¿Habrá otro, entre sí decía,
mas pobre y triste que yo?»
y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

El lector, aunque lo sea, habrá comprendido ya que se trata del consuelo de los tontos. ¡Qué gran filósofo Calderon!

La otra gotita de la fuente de la retama es tambien por el estilo. A nosotros, sin embargo, nos parece mejor y preferible, porque cura mas radicalmente; porque es una verdadera receta hidropática.

Palida mors, dice Virgilio que se llama, pero como aunque rabie Virgilio, nosotros no creemos que en el arco iris haya un color que caiga bien á una vieja tan seca, tan rancia y tan verde, le llamaremos «muerte» á secas, en castellano viejo y rancio.

Pero hasta en esto mete la pata el poético demonio. Cada quisque se muere cuando Dios es servido, á esta ó á la otra edad, de este ó del otro arrechucho. Los poetas, ya se sabe, á los treinta años, ó *circum circa*, cierran el ojo indispensablemente, si no aceptan el fiero compromiso de volverse estúpidos.

Adviértase ante todo que vamos hablando de los poetas españoles sola y exclusivamente. España entre los pueblos, es una escepcion en casi todas las cosas á casi todas las reglas. Pintamos un tipo del país: ni soñamos ni queremos ser universales.

¡Qué gran consuelo! si en vez de una gota fuera un cántaro si quiera el chorro de la fuente, ¿quién ponía la boca para atragantarse? Hay placeres, bien lo sabe el mundo entero, que no pueden resistirse aun con durar lo que un soplo. ¡Poetas! vosotros estais seguros de gozar los mas inefables que se conozcan: vosotros os moris á los treinta años ó os volveis ignorantes. Si lo primero, ya alcanzais celebridad, ya os recuerda todo el mundo con lagrimitas, porque en esta España donde de hijo muere en flor quien tenga talento, no hay cosa como morir en flor ó en mata para ser llorado y célebre. Si lo segundo, ya podeis pasearos entre las gentes, y vivir felices, y aspirar á lo que os dé la gana.

Filosofemos un poco.

O esta tierra que llaman península española es estéril, que solo cria jaramagos, ó algun ángel caprichoso (que no osamos á llamar malo ni bueno) ha paseado su carro por toda ella. Corrompida está su savia y apenas sus frutos se parecen á los de otros países. ¡Hasta en Portugal hay hombres de talento que viven y lo conservan *ainda mais* de treinta años! Y esto es lógica pura, consecuencia natural de la organizacion del hombre, que á los treinta años empieza á desarrollarse, como que su vida anterior pasa como un torbellino de locas fantasias en el ensayo y estudio de las cosas y de las pasiones.

En España sucede enteramente al revés. En España los hombres de talento, si no han dado á los treinta años lo que podían dar, ¡adiós mi dinero!

¡Paradoja! ¡paradoja! esclamará algun lector. ¡Ay! no es sino una de esas verdades horribles que revolotean al borde de todos los labios sin que ninguno se atreva á pronunciarlas. Ni faltará seguramente quien halle reproducido en este artículo el sentimiento mas amargo que roe su corazón. Hasta ha de haber quien diga:—eso yo me lo sabia. Porque es una verdad, porque las intuiciones son siempre verdad, y esto de la muerte en flor de nuestros hombres de genio, lo sabe, ó lo siente, ó lo adivina todo el mundo por intuicion.

¡Cuántas veces, á propósito de Zorrilla, de Breton ó de Garcia Gutierrez, hemos oido decir:—¡parece mentira! no se han muerto! Y no comprenden acaso los que lo dicen por qué lo dicen. Aprendanlo de una vez. No es por una de esas vagas preocupaciones que solo tienen su fundamento en la fantasia del vulgo, y en tal ó cual hecho aislado que nada significa para el filósofo; es porque se ve, porque se palpa en este país ¡y son tan raras las escepciones! ¡Cuántos ejem-

plos no podríamos citar! Recuerde el lector los nombres que le sean mas amables ó mas sonoros á su memoria. Si pertenecen á las celebridades del pensamiento, de seguro es la suya retrospectiva ó no existen ya. Pero dado que existan, ¿eran poetas? sus trovas de ahora, como sigan trovando, que lo dudamos, no serán sino trovos capaces de hacer reir á un ciego de la vihuela. ¿Eran dramaturgos? pues no hay sino asegurar desde luego que todo lo que haya ganado el público en gusto, lo habrán ellos perdido, y cuando debieran de ser mas profundos, mas severos, mas instructivos, mas vigorosos, harán echar de menos aquellos tiempos benditos en que *prometian*. ¿Eran oradores, periodistas, hombres de estado? la situacion moral y política de España respondía por nosotros. Y sin embargo, de la mayor parte de esos hombres, cuando aun no contaban treinta años, esperaba su patria, y esperaba fundadamente, muchos Demóstenes, muchos Neckers, muchos Talleyrands, y la felicidad por añadidura.

Por no semejarnos á los comentaristas que hacen decir á sus autores cosas que quizás ni se habian ellos imaginado, no diremos nosotros que Espronceda era de nuestro parecer cuando dijo á otro propósito en son amargo y burlesco:

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

Y cuenta que hay razon para darlo casi por seguro. Rayaba Espronceda en esa edad fatídica, cuando vió que la tierra ó la inteligencia debían de faltarle forzosamente. ¿Dónde está el hombre que á esa edad no haya perdido en España todas sus ilusiones, las morales y las materiales, por decirlo así, las amorosas, y las poéticas, y las políticas? Pues el alma superior, que es de un temple delicado, solamente vive de ilusiones, y ha de perder con perderlas su delicadeza ó su vida.

¡Espantoso dilema!

No es menos ocasionada á espanto la indagacion de las causas de este fenómeno.

Paseemos una mirada no mas por ese estéril campo en que se arastran como orugas nuestros hombres de genio.

Veinte años: flores, flores desarrolladas enteramente, con hermoso pétalo, con exuberante aroma. ¡Bendito sea Dios! Cuando en otros países los hombres á esa edad están casi mamando, en España... ¡tierra feliz! ¡Qué savia tan vigorosa! como sus frutos maduren, darán envidia al mundo entero. Estudiado superficialmente este fenómeno, en las horas en que el corazón se olvida del mundo de la esperiencia, regocija con efecto, y parece lo contrario de lo que es. Pero dejemos que pase un sol no mas de la existencia del hombre: dejémosle que raye en los treinta años ó *circum circa*. ¡Ay! la flor se marchita ó se convierte en cardo: el genio muere ó se convierte en tonto. Mirad en cambio á los que mamaban en otros países: empiezan á ser flores, á desarrollar enteramente su hermoso pétalo, su exuberante aroma.

Esto es lógico; y lo que sucede en España no; pero sucede sin embargo, ¿Por qué? porque España está destinada á desacreditar la lógica.

Después de asentada una proposicion como la precedente, el amor á la patria nos inspira mil amarguissimas reflexiones que nos hacen caer en palpable contradiccion. Sea dicho de paso. ¡Ojalá suceda lo mismo á todos los escritores graves!

No podemos desconocer humanamente que cuando tales cosas pasan en España, tan fuera de toda razon y hasta de lo natural, alguna rémora incomprensible se opone á todo lo grande, á todo lo bueno en este país. ¡Estamos en una situacion tan escepcional con respecto á los otros, que de causas iguales á las suyas no podamos deducir los mismos efectos que ellos?

En esto sí que no dudamos de sentar la afirmativa.

Hasta por la topografía de su terreno, España ha sido siempre una nacion escepcional. Así pudieron aclimatarse en ella tantas instituciones perjudiciales, desconocidas en otras ó punto menos. Las revoluciones del siglo XIX nos han cogido casi en el mismo estado en que Felipe II nos dejó. Cincuenta años llevamos de vida intelectual activa y de labor incesante, y apenas sabe leer nuestro pueblo. La civilizacion por consiguiente se nos ha indigestado. Antes de tener caminos hemos tenido ferro-carriles: antes de saber lo que era libertad política, hemos querido libertad: antes de saber lo que era literatura, han brotado á millones nuestras prensas libros. Con las fuerzas de un niño nos hemos lanzado á la arena de los Titanes. ¿Qué sucede? que estamos hoy casi tan lejos del Olimpo como el primer día.

Esto no es pesimismo, esto es buscar una causa lógica al sin número de fenómenos morales que España está presentando á los ojos del mundo.

¿Cómo se explicará sino lo que decíamos de nuestros ingenios? ¿cómo sino con el estado de nuestra educacion y el estado de nuestro público?

Engendrar poetas es privilegio de nuestra patria, que solo puede disputarle la del Dante y del Ariosto; pero siendo la poesia en sí misma una facultad fosfórica del espíritu, sino se alimenta constantemente

del saber, cuando el espíritu se robustece y entra en un nuevo período, se apaga aquel fuego fatuo. Agréguese á esto lo lamentable de la época, lo enemiga que es de las ilusiones del alma, el estado infeliz de la sociedad, el no menos infeliz del ejercicio literario, y claramente se concibe que una organización poética en demasia ha de volverse de por fuerza tísica (no espante á nuestros lectores esta palabra cruel), al paso que las organizaciones menos esquisitas toman otro rumbo, se vulgarizan y se pervierten.

Cuando la crisálida rompe su capullo, cuando el hombre de genio llega á sazón en otros países, en el nuestro se topa con esa columna de

Hércules de los treinta años. *Non plus ultra*. No mas talento: no mas vida.

Es una reflexion que hace llorar.

¡Qué trabajosamente damos remate á este artículo! La íntima convicción de que hemos revelado una verdad horrible, es para nuestro corazón motivo de desmayo y rémora de nuestra pluma; pero á par nos alienta, porque en todas las verdades horribles hay enseñanzas para el hombre. El de este siglo por su desdicha solo tiene que aprender verdades horribles.

V. BARRANTES.



(Torre inclinada de Zaragoza.)

EL CASTILLO DE VILLALBA DEL ALCOR.

Una de las instituciones mas dignas de estudiarse en nuestros tiempos medios, es la creación de las órdenes militares. Esas milicias

heróicas, mitad guerreras y mitad religiosas, tienen tan compleja fisonomía, que solo se comprende atendiendo al espíritu de aquellos azarosos siglos. De otra manera, y examinadas en sentido absoluto, parece que envuelven una contradicción esencial, una profunda antinomia. Efectivamente, aquellos monjes con espada y corcel de bata-

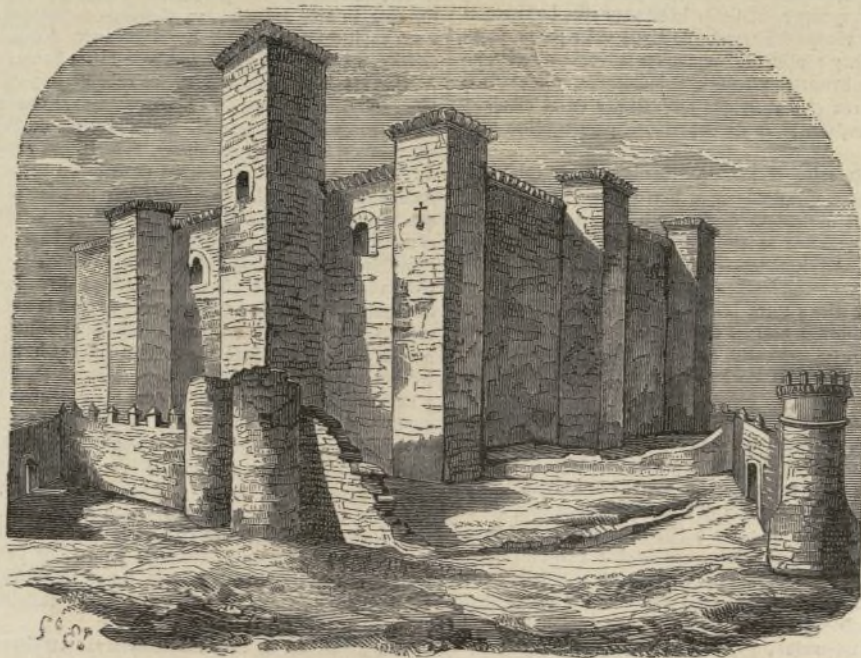
lla, aquellos caballeros con estola y votos, aquellos hombres mistos y heterogéneos que salían del coro de la oración al estadio de la victoria, y que acababan el *miserere* para entonar un canto de guerra, son un tipo multiforme, casi inverosímil, poco menos que romanesco y fantástico. Reunir en una sola entidad individual y colectivamente al sacerdote y al soldado, al ministro de paz con el adalid de sangre; fundir, incardinar en una sola personificación la religión de caridad y mansedumbre con la misión de lágrimas y exterminio, hermanar elevada y poéticamente la fe humanitaria del cristiano y la fe inexorable del patricio, fué sin duda un pensamiento superior y una obra extraordinaria en todos conceptos.

Parecería una cosa extravagante y contradictoria que la enseña del Dios, venido al mundo para predicar la piedad y la fraternidad, haya servido de Lábaro sangriento en el día tremendo de las batallas, si no se atendiese á las circunstancias de aquellos siglos, al espíritu de tan remotas épocas. Solamente por medio de esta clave puede ser comprendido aquel contrasentido filosófico. Nada más que á la luz de tal estudio se percibe la fusión admirable de dos principios contrarios en los heroicos soldados de la cruz militante.

La lucha colosal inaugurada contra los sarracenos en los riscos de Cantabria por el inmortal hijo de Favila, dió también principio á una nueva era para esta nación heroica y entusiasta. Y su carácter

templado al fuego de la fe y de la gloria, se amoldó á ella maravillosamente. Los guerreros de Mahoma eran enemigos del Crucificado. De aquí la guerra religiosa. Y eran también adversarios de la nacionalidad española. Por eso la guerra popular. Estas dos ideas simultáneas y coexistentes, se fundieron luego en una sola significación. *Dios y la patria* fueron desde allí sinónimos en el lenguaje de la lealtad y de la creencia. Y tanta mayor fuerza tomó en las imaginaciones exaltadas de aquellos valientes, cuanto que vivían en unos tiempos de fe sencilla y de bizarros instintos, en que los corazones se entregaban sin reserva á todo lo bueno, grande y generoso. Edad espiritual y romanesca, en que dominando por su misma rudeza el corazón á la cabeza, el sentimiento á la razón y al cálculo, produjo tan épicos martirios, sacrificios tan estupendos en pro de la creencia de sus mayores y de la libertad del país. Pues debían aquellos héroes discurrir, no comprender por intuición el doble deber que sobre ellos pesaba como cristianos y como caballeros, y le redujeron poéticamente á una sola y brillante representación.

Y decían bien nuestros ínclitos progenitores: «Dios manda defender sus altares. Díganlo sino los Macabeos, los Josues, los Gedeones. Hay pues que lidiar por la fe contra los réprobos hijos del desierto. Llevemos la cruz á la guerra santa.» Y decían también: «La patria es igualmente una religión. Ella manda á los buenos lidiar por su in-



(Castillo de Villalba del Alcor.)

munidad y salvación. Los moros son sus verdugos. Llevemos contra ellos la bandera nacional.» Y entonces comprendieron la unidad esencial de su doble misión; entonces vieron que el enemigo era uno, aunque bajo duplicada acepción; entonces hallaron que la fe y el patriotismo, que el ara y el hogar, que Dios y España eran una misma causa, un solo y sublime objeto, única y homogénea religión. Y cantaron en ardientes himnos, golpeando sobre las montañas sus escudos: «Los enemigos de España son los mismos de su Dios. La guerra es dos veces santa. Pongamos sobre el pendón de la patria la cruz del Salvador.»

Y así sucedió efectivamente. D. Pelayo tomó por divisa real el árbol sagrado del Gólgota. La cruz de los ángeles fué en Covadonga su estandarte. De allí en adelante ya no hubo diferencia entre los deberes cívicos y los religiosos. Un Dios, una patria y una ley era el eco de todas las almas, el voto de todos los guerreros, la esperanza de todos los corazones. Por eso los adalides ponían la cruz sobre sus armas, cual milagroso talismán de salud y de victoria; por eso apellidaban al santo patrón en los combates, como custodio de la patria; por eso la cruz llegó á ser el símbolo de la piedad y del patriotismo. La religión y el país se hicieron un principio, un sentimiento, un culto bajo una fórmula sintética é inspiradora. Y la caballería, expresión espiritual de aquellos siglos entusiastas, se hizo bautizar en el Jordán de sangre que derramaba por tan alto objeto. El pueblo

generoso y sincero sellaba las tablas de esa ley triunfal y altamente patriótica con el inmenso martirologio de sus hijos. Y la personificación del cristiano y del patricio se significaron en un tipo admirable, que unió á lo más bello y poético de la tierra los resplandores y grandezas de los cielos. La época, en fin, adquirió un carácter sentimental y heroico, mezcla de cívico y religioso, de místico y marcial, que dió nacimiento á las mesnadas caballerescas, como su símbolo más gráfico y elevado, como su expresión más bizarra y romanesca. Así nacieron las órdenes militares. Así se comprende su filiación. Así se explica su carácter.

Ahora ya se conseguirá entender la personificación de los soldados de la cruz. Ahora ya se podrán descifrar esos edificios híbridos, medio conventos y medio fortalezas, que fueran la mansión de aquellos hombres extraordinarios. Ahora, en fin, se explica esa cruz heráldica rasgada sobre las troneras por donde la mosquetería española derramaba el exterminio y el terror en las tribus armigeras del infiel. Y esa cruz se halla todavía en el castillo de Villalba del Alcor. Porque esta fortaleza es uno de los recuerdos imponentes de las órdenes. La caballería de San Juan, cuando el regreso de la primera Cruzada, erigió ese poderoso alcázar imprimiéndole el sello de su grandeza y carácter. Sus claustros severos y misteriosos parecen la mansión de los ascetas. Pero sus torres arrogantes, sus almenados murallones revelan el domicilio del soldado. Ese edificio es la expresión de toda una época,

el emblema elocuente de la combinación de dos elementos sociales, el producto bizarro de toda una civilización.

En vano hubiéramos tratado de describirle sin haber tomado en cuenta las apreciaciones filosóficas de su época, sin haber analizado el espíritu de su tiempo. Inútilmente habríamos presentado sus materiales formas sin los datos para entender su significado y razón de ser. De nada serviría haber dicho su fundación sin apurar la índole de sus fundadores. Ciertas ideas hubieran podido parecer antojadizas; algunos detalles contradictorios; varias particularidades ó inverosímiles ó mal entendidas. Ahora ya sabe cada cuál á qué atenerse. El castillo es la expresión fiel de sus castellanos. Estos lo eran á la vez de su época. Para explicar aquel, hay que conocer esta.

Nacida la caballería de San Juan en la demanda heroica que la cristiandad empujó para la conquista del Santo Sepulcro, y modelada por las milicias europeas de aquella índole, regresó al occidente con los restos de aquella expedición, cargada de hazañas y rica en merecimientos. Los monarcas de estos reinos la dieron carta de naturaleza, y abrieron su pródiga mano para asentarla en poderío y alta consideración. Grandes posesiones logró la orden ultramarina en *tierra de Campos*, y algunas de sus villas se hicieron encomiendas de aquella feudalidad teocrático-militar. Villalba del Alcor debió entrar en sus dependencias señoriales, puesto que los caballeros la fortificaron y defendieron. Y siendo la castramentación un acto de soberanía, mal hubieran podido ejercerle sin título hábil para ello. Lo cierto es que la villa en aquel tiempo debiera ser de algún valer por su situación y circunstancias, y porque los Sanjuanitas la cercaron de fuertes murallas con espesos baluartes y espaciosas ladroneras, coronando el sistema de defensa con el castillo que presentamos en el dibujo, y constituyendo, en fin, una plaza de importancia para aquellos belicosos tiempos.

Asentada la villa sobre el páramo cruzado por las cordilleras montuosas de Torozos, que dominan la *tierra de Campos*, y muy cercana á los alcores ó cumbres de las vertientes septentrionales, domina las altas llanuras que se extienden en torno al pie de sus baluartes. Rodeada de selváticas espesuras sobre la vastísima planicie, ofrece una belicosa y formidable perspectiva, como la armadura de un guerrero vista de lejos y entre las sombras de un panteón. Aun respira en sus aporillados adarves el genio de la guerra, y parece oír de noche el cantar del mesnadero sobre la vieja plataforma, donde un tiempo tremoló la bandera bendecida por las auras melancólicas de la ciudad santa.

Circunscrito en una curva del fornido antemural se eleva el castillo del occidente de la plaza, que á su espalda se guarece cual una matrona tras la formidable figura de un gigante. Su planta es un cuadrilátero rectángulo que consta de tres recintos de fortificación. El primero forma parte de las murallas de la villa, que describen allí un recodo saliente, guarnecido de cubos y torreones almenados. El ingreso á este recinto se hace por un cuerpo de obra avanzada que se destaca en su centro, y deja un callejón estrecho y difícil, á cuyo extremo se rasga la puerta ogival prestando acceso á un patiecito sobre el cual desembocan los cuerpos de guardia, embutidos en la fábrica á modo de casa-matas, y que sostienen cierto terraplen para defender la avenida. Tócase en seguida con otro portón abierto en una cortina, que es la del primer recinto, y éntrase á la gran plaza de armas, donde se levanta el segundo, cuyo especial objeto era defender el trayecto de la obra principal, ciñéndole por dos lados y enclavando por cada extremo en el murallón exterior. En su centro se descubre un puesto militar formado por dos cubos almenados que defienden la entrada, existente entre ambos sobre un alzado liso y coronado de canes para armas arrojadizas. El recinto central es propiamente la verdadera fortaleza de traza cuadrilonga. Fábrica poderosa de sillarejo, con imponente aspecto y grandes proporciones. Flanquean sus cuatro frentes ocho formidables torres, y domina á todas la gigantesca del homenaje. Todas en su coronamiento sustentan numerosos modillones, sobre los que volaban robustos almenares que han desaparecido lastimosamente. Las torres son cuadradas, y no están repartidas simétricamente, ni en situación ni en distancias. Dos hay en los ángulos, y las restantes en los lienzos. El ingreso al interior se hace por una bóveda elíptica, en cuyo espesor se abren dos arcos, que estaban sin puentes levadizos, pero que en cambio tenían ferrados portones con enormes lobas y barras, y sendo rastrillo en la segunda de solidez proporcionada.

El interior del castillo le constituyen tres órdenes de galerías sobrepuestas, cuyas zonas paralelas se duplican en los frentes mayores del cuadrilátero. Estas crujías del tipo gótico, cuyos elegantes arcos son sostenidos por macizos machones lombardos, ocupan desde los subterráneos hasta el vértice del alzado. Las que están bajo flor de tierra tienen construcción mas sólida, y debían servir para hospitales, prisiones, almacenes, cuadras y demás piezas, que necesitan estar al abrigo de toda hostilidad. Las superiores eran alojamientos para la

gente de armas y estancia de los castellanos y de sus servidores. Bien pudieran acuartelarse en todo ello hasta ochocientos hombres. Los fuegos y troneras horadadas en las cortinas exteriores, son de varios géneros. Las hay para mosquetes y arcabuces, para ballestería, y para simples vigilancias. Las ladroneras de los ballesteros forman una cruz rasgada sobre la mira circular; emblema característico del tiempo de las cruzadas. La materia de la obra es toda de grueso y duro sillarejo, bien cortado, y unidos por argamasas calcáreas. La torre llamada de la *pólcara*, que sostiene una bóveda en elipse de admirable construcción, servía para subir á los terraplenes y plataformas viveres y minuciones, por un brocal abierto en el ángulo del cascarón. Es imposible describir el efecto de este fortísimo alcázar feudal en la majestad de sus ruinas. Aquellas desmoronadas galerías, aquellos subterráneos sombríos, aquellos rotos y amarillentos paredones que sustentan bóvedas magníficamente construidas de graníticos adokines, ofrecen una decoración, cuya magia inspiradora comprenden solamente los poetas y los pintores.

El castillo fué construido por los caballeros hospitalarios á la vuelta de la primera cruzada. De ahí las troneras en forma simbólica y tradicional. Y de allí también el tipo arquitectónico. Pues aunque es gótico bajo y primitivo, conserva muchos rasgos del estilo sajón, que manifiestan la reciente innovación operada en aquel siglo sobre el arte. La ventana principal del homenaje es casi enteramente bizantina por su arco redondo, sus pilarcitos normandos á la diagonal, y sus capiteles grotescos. Y hay alguna otra donde se refleja el tipo asiático que trajeron los guerreros de la Tierra Santa.

Durante la permanencia de los caballeros en esta fortaleza y la villa, sufrió en ella largo y empeñado cerco el comendador Zornoza, á cuya encomienda pertenecía, contra el conde de Palencia, que con sus vasallos le hacía cruda guerra. Este suceso prueba que Villalba del Alcor era pertenencia señorial de la orden hospitalaria. Apurado anduvo con el cerco el comendador; pero un refuerzo de cien caballos que recibió oportunamente, le puso en disposición de hacer levantar el asedio. Aquí estuvo también Doña Juana la Loca, con el féretro de su malogrado esposo Don Felipe, morando en ciertas estancias construidas en la plaza de armas, del todo ya derruidas. Y desde aquí salió para Tordesillas en 1520, cuando empezó la guerra de las comunidades. En esta época pertenecía Villalba al señorío secular del duque de Frias; y sin duda porque este era condestable y uno de los corifeos del partido imperial, la reina se creyó segura en la fortaleza, y buscó un asilo de su confianza para permanencia. El de Frias hizo donación de la villa á Doña Juana Manrique, hija del conde de Osorno, que la poseyó después á disposición del emperador. En este castillo hay sobre todo un recuerdo de la mas alta importancia y honorífica mención para el poderío español. Su recinto sirvió de prision de estado al delfín de Francia y al duque de Orleans, hijos de Francisco I, que sirvieron de rehenes por la libertad de su padre, prisionero del emperador en la inmortal jornada de Pavia. Y aquí fué donde tratando sin duda de fugarse, fueron apartados de la servidumbre francesa que traían, y reemplazada con castellanos para evitar la evasión.

En alguno de los torreones se observan aspilleras para artillería, y en la muralla occidental restos de baterías. Esto, y el hallazgo de varias piezas de hierro y de antigua construcción halladas en el fuerte ha ya algunos años, hacen creer que fué reparado después de su construcción primitiva, conforme á los adelantos del arte militar, si tal nombre merece la destrucción organizada del género humano. Eso prueba también su importancia estratégica. Bien que á no ser así, mal le hubieran confiado la custodia de unos príncipes extranjeros en los poderosos estados del emperador.

De todas aquellas grandezas solamente quedan deleznales recuerdos, como no hay tampoco sino memorias de la prepotente monarquía que fué el terror del mundo y el asombro de la fortuna.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA CAZA DEL COCODRILO.

Hé aquí el extracto de una curiosa relación que sobre la caza del cocodrilo se ha publicado recientemente:

«Durante el estío de 1846 me hallaba yo establecido en las orillas del Rohan, pequeño río de una provincia situada al Noroeste de la India, y allí fué donde vi por primera vez el *mugger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estación de las lluvias. Mi vecino mister Hall me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce groom* con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce* el tipo perfecto del corredor: nervioso, fuerte aunque de baja

estatura, tenía los miembros delgados, pero templados como el acero, y cuando al uso de Oriente trotaba al lado de un caballo, corría á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraría al mas robusto espolista inglés.

Apenas se había puesto el sol, llegó Mr. Hall, chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le había ocurrido algun incidente desagradable, y como no me pareciese serio, lo tomé á risa y le di larga broma por el bautismo que acababa de administrarse.

—No hay motivo para reírse, dijo Mr. Hall, habéis perdido vuestro syce.

—¿Se ha ahogado?

—No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narración.

Llegados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo), que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas, que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un extremo de la cuerda que el syce, como la mayor parte de los hindous, llevan arrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su país; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veía adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando súbitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall, que había dado dos vueltas á la cuerda al derredor de su mano, se sintió atraído hácia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, dentellada como una sierra, que sacudía el agua á pocos pasos de él. Entonces, haciendo un esfuerzo supremo para evitar el peligro, soltó la cuerda, y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo, esta vez, como se trataba de la muerte de un hombre, después de su narración quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shirouts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin, poseídos del mismo pensamiento, abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discutimos muchos proyectos, ninguno ofrecía probabilidades de éxito. Al día siguiente, después del desayuno, mostraba yo á mi huésped un aparato galvánico de explosión, que últimamente me había llegado de Inglaterra, y debía servir para hacer saltar los troncos de los árboles (*snags*) que impiden la navegación de los rios: estaba explicándole la teoría de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió exclamando:

—Esto es! precisamente esto! .. En vez de hacer saltar los troncos de los árboles, hacer saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

Nada en efecto se oponía á *minar* los cocodrilos, nada mas que la posibilidad de disponer de la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creímos posible el nuevo proyecto.

Ya hacia tiempo que había hecho saltar así muchos troncos de árboles, y había observado tambien que la conmoción de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta piés. Concluí de aquí, que aun colocados á larga distancia del *mugger* podíamos por medio de una descarga, si no hacerle pedazos, herirle al menos con una fuerte sacudida, con tanto mas motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua, destroza los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiciere la explosión en tierra.

Terminados los preparativos, entramos en un barco Hall, mi hermano y yo, llevando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohan, donde abordamos por un momento, mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre cosimos un cuerno que contenia seis libras de pólvora, provisto de hilos conductores que unimos al derredor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cebo así minado. Estas cuerdas tenían unos noventa piés de largo, y á sus extremos llevaban atadas unas pieles llenas de viento, semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de las pieles debajo del brazo y la cuerda arrollada en la mano, al tiempo que mi hermano, armado del mismo modo, marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos tambien al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarlos las posiciones.

Preparada así la artillería, empezamos á subir la *nulla* remolcando el cebo contra la corriente, y cuidando de pasarlo á derecha é izquierda, con lo cual teníamos probabilidades de comunicarnos con el cocodrilo. En efecto, apenas habíamos andado un cuarto de milla, cuando el indicador se sumergió rápidamente; Hall y mi hermano soltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cable atado á estas: las pieles se agitaban, prueba de que el cocodrilo se había tragado el cebo.

En medio de un gran oleaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguía con toda la rapidez que permitian mis piernas; pero como

perdía tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente, el voraz anfibio se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recoger el cable sin sacar todavía la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situación, para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inesplicable inquietud, porque si el *mugger* continuaba su carrera, tendria precision de seguirle, corriendo el riesgo de verle destrozarse los hilos conductores. Por fin oí aproximarse á los *coolies*; pero ¡qué contratiempo! uno de ellos, al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina, que perdió una parte del ácido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis piés, y teniendo venturosamente ácido de reserva vaciamos en la batería una botella entera, con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio, cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al extremo de los hilos conductores arrancó al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha, el cocodrilo no se movió, pues parecia que se había decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me vi en posesión de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería y yo tuve otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo reposaba tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazas de agua sobre la cabeza, exento de sospechas y bien lejos de imaginar que acababa de tragar un brulote, cuya explosión iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo, arrancado de una máquina infernal por dos bípodos que no habían encontrado medio mas seguro de comunicarse con él, que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caído alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso, y después de todo esto una espesa columna de humo. Chocábanse las olas, estremeciase la ribera, y en la superficie del agua se extendió una mancha roja, que se asemejaba á un paño de escarlata. El *mugger* destrozado fué arrebatado por la corriente, y bien pronto le perdimos de vista.

LAS BRUDITAS.

Entre las plagas
de nuestro siglo,
que no son pocas
voto á San Crispulo,
cuento, y no es broma,
lectores míos,
á esa caterva,
flaca de juicio,
de literatas
que con saltitos
como de polka
marcha hácia el Pindo
del mismo modo
que va al Retiro,
la Castellana,
ó á San Isidro.

No hay casamiento,
muerte ó bautizo,
que no merezca
sus mil versitos
(léase coplas),
todos debidos
á tal cual dama,
que de improviso,
diez dias antes,
inspirada hizo.

Tales señoras
con Lope y Tirso,
Plauto y Homero,
Dante, Virgilio,
y hasta con otros
persas y chinos,
de cuyas obras
saben... los títulos,
tienen sus citas
muy tempranito;
porque con Bálzamo
y Monte-Cristo

pasan los días
muy en perjuicio
de la calceta,
plancha y zurcido.

Si de la historia
toman el hilo,
con los romanos,
persas, fenicios,
vándalos, hunnos,
griegos, asirios,
árabes, galos,
godos y frigios
y otros cien pueblos,
arman tal lío
que loco vuelven
á Weber mismo.

Y si filólogas
alzan el grito,
no queda párrafo,
período, inciso,
nombres, adverbios,
y hasta supinos,
en que su lengua
no embote el filo.

¡San Juan te libre,
lector querido,
de *vates* hembras
y sus escritos;
que para malos,
créeme, amigo,
bastan y aun sobran
los desatinos
que *vates* machos
ponen en libros!...

Y en otro caso,
San Juan bendito
te dé paciencia
en tal conflicto,
á mi fortuna,
y á ellas mas juicio...

EL BARON DE ILLESCAS.

APARICIONES Y PRESAGIOS.

No abrigamos la pretension de convencer á los incrédulos que han tomado ya su partido, ni tampoco la de explicar hechos al parecer inexplicables y que sin embargo se nos refieren como positivos, en vista del testimonio de personas dignas de crédito que los han presenciado.

Vamos á publicar una carta, en la que se dá cuenta de un suceso bastante singular, dejando á nuestros lectores el derecho de comentarlo á su manera. Dice así:

«Estoy persuadido de que nadie me tendrá por debil ni por supersticioso, lo cual no se avendría con la carrera de las armas que he seguido desde mi juventud. Creo por lo mismo que no debemos dar fé á esos sueños que nos asaltan continuamente en nuestras noches intranquilas para turbar nuestro sosiego: su origen está en nuestras propias sensaciones, en una digestion trabajosa y en las pasiones que nos dominan.

«Hé aquí sin embargo lo que me sucedió en 1815.

«Después de haber recorrido las provincias de Andalucía con el cuarto regimiento de Dragones, del cual era teniente, nos acercamos á Madrid, sabiendo que los franceses se disponían á evacuar la península: el 3 de abril estábamos en Galapagar, donde tuvimos que ejercer la mas severa vigilancia para no ser sorprendidos, de modo que las rondas diarias, después de marchas y contramarchas penosísimas me fatigaban extraordinariamente. Al volver de las primeras me dejaba caer en el suelo ó sobre un monton de paja, y no bien me quedaba dormido, cuando se me representaba la imagen de mi pobre madre, lanzando su último suspiro: estas apariciones duraron por espacio de quince días que permanecimos en Galapagar.

«El tumulto de los campamentos, algunos encuentros parciales que tuvimos con el enemigo hasta la gloriosa batalla de Vitoria me habian hecho olvidar mis sueños fúnebres. Después de tan memorable jornada, escribí á mis padres para tranquilizarlos, y el día 6 de julio recibí contestacion de mi padre, noticiándome el fallecimiento de mi pobre madre, que habia tenido lugar en la noche del 3 de abril, esto es, la primera noche que yo habia pasado en Galapagar.

«Esto es lo que ha acontecido en mi familia, y con todo, á pesar de su realidad, no es menos cierto que no debemos dar fé á los presagios y á las apariciones que tenemos en sueños. ¡Cuántas veces son hijos de una imaginacion delirante!»

A. SUAREZ DEL PINO.

EL POLÍFAGO SAJON.

Muchos escritores han hablado de ciertos comilones, al lado de quienes Milon de Crotona pasaria por un niño de teta. Nosotros vamos á citar un ejemplo, no tanto por lo extraordinario, sino porque se funda en datos, al parecer irrecusables. En el siglo pasado se vió á un sajón que por dinero comia cuanto le presentaban. Un cordero, un bécero, un cerdo, eran sus platos ordinarios: rompía con los dientes vasos y tiestos y aun piedras sumamente duras. Devoraba animales vivos, como ratas y aves. Cierta dia le presentaron un neceser cubierto de planchas de metal, y consiguió despedazarlo y comérselo con las plumas, el cortaplumas, la salvadera y el tintero que contenia. Siete testigos irrecusables dieron fé de este suceso ante el senado de Wirtemberg.

Este formidable tragon disfrutó hasta la edad de sesenta años una salud perfecta. Cuando llegó á cumplirlos puso límites á su voracidad. Abrieron su cuerpo antes de darle sepultura y lo encontraron lleno de objetos extraordinarios. La historia del ogro sajón y la descripción de su cadáver dieron asunto á un opúsculo que se publicó en Wirtemberg con el título de *Disertacion sobre el polifago de Sajonia*.

Fenómenos atmosféricos.

El año 1832 que vá á espirar, ha sido fecundo en singulares variaciones atmosféricas; pero no ha llegado ni con mucho á otros que han dejado memoria en Europa.

En el mes de julio de este año ha habido dos lunas llenas, fenómeno que solo se ha observado en largos intervalos: desde 1787 no habia ocurrido otro tanto.

Muchos aseguran que las lunas nuevas cambian el tiempo, y esto, sin ser rigurosamente positivo, tiene muchos visos de cierto, y se ha verificado especialmente en este año.

Hé aquí ahora algunos sucesos ocurridos en varios años, por efecto de las variaciones atmosféricas.

En el año 1000 de famosa memoria, se secaron en Inglaterra los manantiales y los rios. Murieron los pescados, se pudrieron y ocasionaron una epidemia.

En 1022 perecieron de calor en todo el mediodía de Europa muchos hombres y animales.

En 1152 se abrió la tierra.

En 1132 se freían huevos sobre arena.

En 1505 y 1504 se atravesaban á pié enjuto los principales rios de Europa.

En 1595 caían muertos los animales por todas partes.

En 1646 se experimentaron calores insufribles.

En 1718 no llovió una sola vez desde el mes de abril hasta el de octubre. Los termómetros señalaron 56 grados de Reaumur.

En 1811, célebre por el famoso cometa que recorrió la Europa, hubo grandes calores, y las cosechas de vino fueron generales y abundantes y muy ricas.

En 1818 se cerraron casi todos los teatros por el calor que llegó muchos días seguidos á 35 grados.

Se ha construido en Nueva-York el primer buque, al cual se ha aplicado el sistema calórico, inventado por el ingeniero noruego Erisson. El 15 del mes pasado hizo su primer viaje de ensayo, y estaba preparándose para zarpar con destino á Europa el día 10 del corriente. El *Erisson* ha recibido el nombre de su inventor.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 48.

Con las corrientes de amor
las mugeres de este siglo
sientan en peor lugar
al amante mas antiguo.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.